

# Gonzalo Hidalgo Bayal

## LA ESCAPADA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LA ESCAPADA  
GONZALO HIDALGO BAYAL

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2019

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-639-5  
Depósito legal: B. 957-2019  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Desde que cesaron mis obligaciones escolares paso frecuentes temporadas en Madrid y, acorde con los atributos de la edad, entretengo el ocio de las horas vacías caminando por las calles del centro. En realidad, nuestro mapa madrileño (el mapa familiar, puntualizo) no es amplio. Trazando una circunferencia en torno al kilómetro cero de la Puerta del Sol, sus límites cardinales apenas serían Atocha al sur (o Embajadores), Bilbao al norte, plaza de España y Cibeles al este y al oeste; son puntos recurrentes, además de Sol, Callao, Ópera, Lavapiés y Santa Ana; y las calles que recorreremos con mayor frecuencia, Torrecilla del Leal, Santa Isabel, Atocha, Príncipe, Mayor, Preciados y Arenal. Ahora llevaba un tiempo deteniéndome en el pasadizo de San Ginés, en Arenal, sin más motivo que la nostalgia literaria, que no deja de ser una forma dulce de añoranza del pasado y del tiempo perdido (todo el tiempo pasado, como se sabe, es también tiempo perdido, doblemente perdido: porque no lo aprovechamos, porque no ha de volver). Quien sea o haya sido lector voraz rara vez pasa por delante de un puesto de libros sin detenerse, más aún si sus pasos no lo llevan a ninguna parte, y de ahí que me haya detenido a menudo ante las mesas de la librería de San Ginés e incluso pueda decir que he sido moderado cliente de sus ofertas, sus rarezas,

sus saldos y sus libros de ocasión. Lamentablemente se me pasó ya la euforia de la posesión de libros y hasta de su lectura (también yo he leído ya todos los libros y me he entregado a las tristezas de la edad y a mi propia decadencia) y, salvo excepciones, me limito a mirar, a llevar a cabo comprobaciones de rutina, a comparar un ejemplar en oferta con mi propio ejemplar, inocuas menudencias, entretenimientos de hombre ocioso y cansado, adscrito a la fatiga. Ahora, en cambio, como digo, me detenía en San Ginés casi todas las mañanas, y solo por una cándida verificación sentimental. Había visto días atrás sobre la mesa un ejemplar de *Los rateros*, de Faulkner, en una de las mesas y no pude por menos que hojearlo. Había leído esa novela en la adolescencia y (no es su mejor libro, sin duda) solo recordaba un par de cosas: que la primera frase es «El abuelo dijo» y que lo que el abuelo dice es la novela entera. Ni siquiera recordaba el subtítulo, «Una reminiscencia», que, sin embargo, casi tendría un sentido actual propio: al fin y al cabo mi interés en el libro no dejaba de ser reminiscencia de las tardes remotas de estío, y bochorno, y pereza, y lectura compulsiva en la biblioteca pública, aunque reminiscencia tal vez un tanto ciega y aturdida. Muchas veces luego, dando clase a alumnos de bachillerato, he recurrido como ejemplo extremo de sintaxis a esa circunstancia en que el sujeto es «el abuelo», el verbo «dijo» y el complemento directo las 276 páginas de la historia. De modo que, al ver ahora el libro en oferta (el mismo libro, la misma edición, quiero decir), me detenía, lo abría, hojeara los créditos, el título del original inglés, *The reivers*, traducción de Jorge Ferrer-Vidal Turull, la fecha de edición, 1963, me recreaba en el comienzo, «El abuelo dijo»,

leía el primer párrafo, «Esta es la clase de hombre que era Boon Hogganbeck», comprobaba otra vez el número de páginas, leía el último párrafo, «Se va a llamar Lucius Priest Hogganbeck, dijo Everbe» (conocía ya de memoria estos elementos prosódicos de apertura y cierre), y lo dejaba luego cuidadosamente en su sitio. Aunque no pensaba leerlo de nuevo (letra demasiado pequeña y renglones muy apretados para mis ojos de hoy, tengo además en casa muerta de risa en una estantería una nueva traducción: *La escapada*, precisamente, es ahora el título) y aunque queda lejos la época precaria en que compraba los libros que superaban con beneplácito la lectura en préstamo, bien podría haber hecho en esta ocasión lo mismo (comprarlo, digo), como recuerdo o como trofeo, el precio además no era abusivo, apenas unos euros, pero decidí entregarme al aleatorio pasatiempo inofensivo que practico a veces en El Rastro, en los puestos de ocasión de la plaza del Campillo del Mundo Nuevo (lugar de mis preferencias dominicales madrileñas), a veces en la deriva que propicien las travesías que unen la calle de Mira el Río Baja con la Ribera de Curtidores, una suerte de rescate aplazado y al acecho cuyo único ritual consiste en comprobar, con periodicidad, con constancia, cuánto tiempo tarda alguien en comprar el libro en liza, esto es, cuánto tiempo (horas o semanas) tarda en desaparecer de la mesa de ocasión, darle un plazo de permanencia y, si, cumplido el plazo, nadie ha reparado tamaño ultraje, adquirirlo sin mayores dilaciones. Es una tontería, ciertamente, pero también una diversión inofensiva (engañosa algunas veces, como cuando aparece un segundo ejemplar apenas se rescata el primero), y cada uno pasa el tiempo lento de las mañanas de otoño como puede.

El caso es que de pronto, hace dos meses, un sábado a media mañana, justo cuando acababa de comprobar que *Los rateros* seguían en el montón y cuando, libro en mano, me disponía a iniciar el rito de costumbre (el abuelo dijo, Boon Hogganbeck, 276 páginas y dijo Everbe), advertí que alguien se situaba a mi lado y miraba de perfil el libro con la misma estrategia subrepticia con que en el metro algunos viajeros leen los titulares del periódico por encima del hombro del vecino (cuando se leían periódicos en el metro, cabría añadir y, teniendo en cuenta lo que sigue, no sería ningún despropósito añadirlo). Pensé que tal vez fuera el comprador accidental que los rateros llevaban esperando ya varias semanas y, como no quería que el librero perdiera una venta por mi azaroso pasatiempo (tampoco había asistido nunca *in situ* al desenlace del juego e ignoraba qué sensación me produciría el expolio, ver icon mis propios ojos! cómo *Los rateros* se alejaban definitivamente en otras manos), dejé de lado los restantes ingredientes del rito y me apresuré a devolver el libro al montón. Me equivocaba, sin embargo. No se trataba de un comprador y enseguida pude además comprobar que tampoco era exactamente el libro lo que había llamado la atención del paseante. Fue en el momento en que sol-

té el libro y fue porque habló. Al miserable nunca le abandona la miseria, dijo. Me volví entonces, con precaución, y me encontré (ganas me dan de recurrir a la antigua prosa enclítica: *volvime y encontréme*, incluso de abatir tan ascéticos pretéritos bajo sus viejas tildes: *volvíme y encontréme*) frente a un individuo un poco, muy poco, más alto que yo, cetrino, oscuro se diría, y desconocido. Hay gente pintoresca en todas partes y tal vez sobre todo en Madrid, en el centro de Madrid, de modo que pensé que me encontraba ante alguien de ese gremio del desvarío callejero. Me incomodó que el sujeto siguiera mirándome y decidí largarme. Fue entonces, ante mi perplejidad, cuando volvió a hablar. Bayal, dijo. Lo miré con desconcierto e incluso con vergüenza. Y no tuve otra reacción que recuperar, como escudo, *Los rateros*. Es cierto que en algunas, muy raras, ocasiones alguien me ha reconocido, en territorio cultural, cabría decir, y siempre me ha abrumado ese reconocimiento. Nunca, sin embargo, me había ocurrido con tan extravagante retórica. Ahora, además, tanto las primeras palabras del sujeto (la miseria de los miserables), como la sonrisa con que pronunció mi apellido, que me pareció moderadamente irónica, me hicieron pensar que no se trataba de un lector, sino de alguien a quien conocía. Podía tratarse de un antiguo alumno, pensé enseguida, alguien acaso sometido a las sevicias gramaticales y polivalentes del antiguo bachillerato (tuve en tiempos alumnos de mi edad, e incluso mayores, alumnos de horario nocturno, aunque no creo que me llamaran nunca Bayal). De modo que allí estábamos los dos, ante *Los rateros* y, para mi vergüenza, incapaz de reconocer al pronto a quien me interpelaba y con la certeza de que tenía



la obligación de reconocerlo. Quien te habla con esa confianza y ese humor o te conoce o es un bromista irredento. Y quien me hablaba no tenía aspecto de lo segundo. Bien conocido es el prototipo de simpático maleducado, un individuo verdaderamente insoportable. Con todo, recordando un reciente propósito, me contuve. Fue, creo, en primavera cuando alguien me llamó por mi nombre (solo el nombre) en el Postigo de San Martín. ¿Nos conocemos?, pregunté. Y nunca me arrepentiré lo suficiente de esa respuesta mía, aunque no era una respuesta culpable. Explicaré por qué. Soy mal fisonomista y más de una vez y más de dos me he visto en el trance de no reconocer a quien me saludaba (por lo general, como digo, algún antiguo alumno: es siempre mi primera idea) y, peor aún, de saludar a quien creía reconocer sin conocer. De ahí que en esta ocasión pretendiera recuperar del pasado la imagen de quien me hablaba. No era el caso. No nos conocíamos. Un lector, dijo. Y no hubo más. Se fue alejando y yo quedé (o *quedeme*) apesadumbrado. Porque supuse que había entendido de modo torcido mi pregunta, no como un intento de fijar el pasado, sino como una forma grosera de quitármelo de encima: ¿acaso nos conocemos como para que me llames por mi nombre en plena calle?, esto es, como propia de un antipático maleducado, que es acaso categoría peor (así piensan los maestros). Me propuse entonces reaccionar siempre con prudencia y con buen humor en tales circunstancias, si es que acaso volvían a producirse. Ahí estaba, pues, ahora, en el pasadizo de San Ginés mirando a quien acababa de pronunciar la palabra «miseria» y la palabra «miserable» y sabiendo que esas palabras sí provenían del pasado

pero sin conseguir fijarlas en qué tiempo ni en qué lugar. Fue entonces cuando dijo su nombre, no su nombre oficial, que tal vez en ese momento yo no hubiera recordado ni reconocido (el solo nombre, digo, sin apellidos, que por el hilo siempre se llega al ovillo), sino el nombre con que sabía que le llamábamos nosotros a sus espaldas tiempo atrás, mucho tiempo atrás. Foneto, dijo. Y me costó acomodarlo el semblante presente con la imagen antigua que no sé si recordaba o que se había ido acomodando con el tiempo en mi cabeza. Siempre he sabido que sería incapaz de trazar un retrato robot como testigo accidental de un crimen, ese al que luego persiguen con saña los asesinos para que no pueda prestar testimonio ante el jurado, y por eso tengo grabada con tinta indeleble en la memoria una frase de Poe: «Reconocemos a nuestro vecino, pero no sabemos dar razón de ese reconocimiento». Pues bien, allí estaba yo con el ejemplar de *Los rateros* nuevamente en la mano y allí estaba Foneto frente a mí y no era desde luego el Foneto que yo recordaba, aunque todo se hizo presente de pronto, actualización de un *déjà vu* remoto y subterráneo.